

John Muir

*Recuerdos de  
infancia y juventud*



# **MEMORIAS DE MI INFANCIA Y JUVENTUD**

**JOHN MUIR**

*traducción de*

**VÍCTOR OLAYA**

## Recuerdos de infancia y juventud.

John Muir

Titulo original: *The story of my boyhood and youth*, de John Muir.

Publicado originalmente en 1913 por Houghton Mifflin Company, Boston

Traducción de Víctor Olaya.

Imagen de cubierta extraída de Benson John Lossing (Ed.) (1912). *Harper's Encyclopedia of United States History (vol. 6)*. Harper and Brothers, New York, NY.

Copyright © John Muir, 1913

Copyright © de la traducción, Víctor Olaya, 2017

## Una infancia en Escocia

Cuando yo era niño en Escocia, me gustaba todo lo que fuera salvaje, y durante toda mi vida me he ido aficionando más y más a los lugares y las criaturas salvajes. Por suerte, alrededor de mi pueblo natal de Dunbar, junto al tormentoso Mar del Norte, no faltaba naturaleza virgen a pesar de que la mayor parte de la tierra estaba cultivada. Con mis compañeros de juegos, también de sangre caliente y salvajes como yo mismo, me encantaba deambular por los campos para escuchar cantar a los pájaros, y seguir la costa para mirar y maravillarme ante las conchas, las algas, las anguilas y los cangrejos que había en las charcas de las rocas cuando la marea estaba baja. Y, lo mejor de todo, contemplar las olas en mitad de una tormenta, tronando al chocar contra las tierras negras y las ruinas decrepitas del viejo castillo de Dunbar, cuando el mar y el cielo, las olas y la nubes, se fundían en una misma cosa. Nunca pensábamos en hacer novillos, pero, desde que cumplí cinco o seis años, me escapaba a la orilla o al campo casi todos los sábados, y todos los días que no teníamos colegio salvo los domingos, a pesar de haberseme advertido solemnemente que debía jugar en el jardín de casa y en el patio, no fuera a ser que tuviera malos pensamientos o aprendiera a decir palabrotas. Era inútil. A pesar de los castigos sin duda dolorosos que me perseguían como sombras, el espíritu salvaje que había heredado y que llevaba en la sangre seguía su curso, tan invencible e imparabile como las estrellas.

Mis primeros recuerdos del campo vienen de los paseos cortos que hacía con mi abuelo cuando no tendría quizás más de tres años. En uno de esos paseos, mi abuelo me lle-

vo a los jardines de Lord Lauderdale, donde las higueras crecían contra un muro soleado, y allí probé algunos higos y comí tantas manzanas como quise. En otro paseo memorable por un campo de heno, al sentarme a descansar en uno de los montones, escuché un grito afilado y punzante, y después de dar un salto para ponerme de pie, fui a decírselo al abuelo. Él dijo que no oía más que el viento, pero insistí en que excaváramos en el heno hasta que descubriéramos de dónde provenía ese sonido tan emocionante, que resultó ser el de una hembra de ratón de campo con media docena de crías colgadas de sus mamas. Este fue para mí un descubrimiento maravilloso. No hay cazador que pueda sentir tal emoción al descubrir una osa con sus oseznos en su guarida salvaje.

Me mandaron al colegio antes de cumplir los cuatro años. El primer día de clase estuvo, sin duda, lleno de cosas maravillosas, pero no soy capaz de recordar ninguna de ellas. Recuerdo que la sirvienta me lavó la cara y que me entró jabón en los ojos, y a mi madre colgándome al cuello una pequeña bolsa verde con mi primer libro para que no lo perdiera, y la forma en que esta ondeaba al viento por detrás de mí como una bandera. Antes de ir a la escuela, según me contaron, mi abuelo me había enseñado ya las letras del alfabeto en los carteles de las tiendas del otro lado de la calle. Recuerdo con claridad lo orgulloso que me sentí cuando fui capaz de terminar el primer libro y pasar al segundo, que parecía grande e importante, y después de este al tercero. Pasar de un libro a otro constituía un avance triunfal, y de todo aquello me queda un recuerdo nítido.

El tercer libro contenía historias interesantes, y también lectura sin más y lecciones de deletreo. Para mí, la mejor historia era *El perro de Llewellyn*, el primer animal que me viene a la memoria después de aquel ratón de voz afilada. Me interesaba tanto, y nos llegó tan adentro a mí y a algunos

de mis compañeros de clase, que la leíamos una y otra vez compungidos, tanto dentro como fuera del colegio, y derramábamos lágrimas amargas por el destino del perro Gelert, valiente y fiel, muerto a manos de su amo, que creía que había devorado a su hijo un día que este se perdió y el perro vino lleno de sangre, cuando en realidad le había salvado la vida al niño matando a un gran lobo. Hay que mirar muy atrás en el tiempo para aprender lo enorme que puede ser la capacidad del corazón de un niño para sentir pena y cariño por los animales, así como por sus amigos y vecinos. Esta historia de antaño destaca entre la multitud de recuerdos escolares de una manera tan clara como si yo hubiera formado parte de ese grupo de cazadores galeses y hubiera escuchado las cornetas, visto a Gelert asesinado, salido en busca del niño perdido, encontrado al fin al niño sonriente entre la hierba y los arbustos junto al lobo mutilado, y llorado con Llewellyn por el destino triste de su noble y fiel amigo.

Otra de mis partes favoritas de ese libro era el poema de Southey *La campana de Inchcape*, una historia sobre un sacerdote y un pirata. Un sacerdote bondadoso colgó una campana en la peligrosa roca de Inchcape para alertar a los marinos cuando el tiempo estuviera oscuro y tormentoso. Cuanto mayor era la tormenta y más altas eran las olas, más fuerte sonaba la campana, hasta que un día el malvado corsario Ralph la cortó y la mandó al fondo del mar. Según la historia, un día en que la campana estaba sonando con toda su fuerza, el pirata se subió a la roca diciendo:

—Hundiré la campana y haré enfurecer al abad de Aberbrothok.

Así que cortó la cuerda y la campana se perdió «gorgoteando en las aguas entre burbujas que subían y estallaban a su alrededor». Después, «el corsario Ralph se lanzó a la

mar, saqueó los mares durante muchos días, y, habiendo ya acumulado un gran botín, se dirigió de vuelta a Escocia». Vino entonces una tormenta terrible, con enormes olas rugientes y con la oscuridad de la noche y del cielo gris.

—¿Dónde estamos ahora? —gritó el pirata—. No lo sé, pero ojalá pudiera escuchar la campana de Inchcape.

Y la historia cuenta entonces cómo el miserable pirata, «desesperado, se tiraba de los pelos y se maldecía a sí mismo», mientras «con un golpe estremecedor», su barco encallaba contra la roca de Inchcape y se hundía junto a la campana del buen sacerdote, llevándose consigo a Ralph y a su botín. La historia nos gustaba porque apelaba a nuestro amor por las buenas acciones, la naturaleza y los espíritus nobles.

En estos primeros días de escuela, hubo muchas experiencias terroríficas relacionadas con los crímenes cometidos por el guardés de una casa de huéspedes de Edimburgo, que dejaba dormir a mendigos en un banco de la casa o en el suelo a cambio de un penique por noche, y, cuando la Muerte venía a liberarles de su sufrimiento, vendía los cuerpos para que los diseccionaran en la escuela médica de un tal doctor Hare. Nosotros los niños no habíamos oído nunca el relato original, pero las sirvientas nos contaban que «médicos ladrones», vestidos con gabardinas negras y provistos de una masilla pegajosa de un increíble poder adhesivo, rondaban por las calles en busca de niños a los que asfixiar y después vender. El método empleado por estos médicos ladrones, según nos contaban las sirvientas, era poner la masilla pegajosa en la cara de forma rápida y repentina, cubriendo con ella la boca y la nariz de manera que impidiera respirar ni pedir auxilio, y después meternos bajo su larga gabardina negra y llevarnos a Edimburgo para vendernos y trocearnos en pedacitos, para que así otros

aprendieran de qué estábamos hechos. Siempre que pronunciábamos la expresión «médico ladrón» lo hacíamos con un susurro lleno de miedo, y nunca nos atrevíamos a salir a la calle después de caer la noche. En los días más cortos del invierno, se hacía de noche antes de que el colegio cerrara, y si estaba nublado nos resultaba difícil a veces encontrar el camino a casa a no ser que viniera a por nosotros una sirvienta con un farol. Pero durante la época del médico ladrón, el colegio cerraba antes, ya que nos tenían allí solo hasta la hora en la que ya no era posible convencernos de que saliéramos del aula. Habríamos preferido quedarnos allí toda la noche sin cenar que desafiar a los misteriosos médicos que se suponía que andaban por ahí esperándonos. Teníamos que subir a una colina llamada Devil Brae que había entre el edificio de la escuela y la calle principal. Una tarde, justo antes del anochecer, mientras corríamos colina arriba, uno de los chicos gritó «¡Un médico ladrón! ¡Un médico ladrón!», y corrimos como locos de vuelta al colegio, para sorpresa de Mungo Siddons, el profesor. Todavía hoy recuerdo la cara del buen maestro según nos miraba y trataba de adivinar qué era lo que nos sucedía, hasta que uno de los chicos más mayores, sin resuello, le explicó que habíamos visto un enorme médico ladrón en la colina y no podíamos volver a casa. Los otros corroboraron la historia.

—Sí, lo vimos claramente, con su largo abrigo negro para meternos dentro, y algunos de nosotros creemos haber visto que llevaba una masilla pegajosa en su mano.

Estábamos en tal estado de pánico y tan temblorosos que el profesor se dio cuenta de que no iba a librarse de nosotros si no nos acompañaba. Aun así, solamente nos acompañó durante una distancia corta y después nos dejó al cargo de los dos estudiantes más corpulentos, que nos llevaron hasta lo alto de la colina y desde allí nos dejaron que



corriéramos hasta nuestras casa para abalanzáramos presurosos sobre la puerta, como las ardillas que se zambullen en sus madrigueras cuando alguien las persigue.

Justo antes de la hora de cierre de la escuela, nos poníamos en pie y cantábamos el hermoso himno *Señor, déjanos ir con Tu bendición*. En primavera, cuando las golondrinas volvían de sus cuarteles de invierno, cantábamos:

Bienvenida seas, pequeña extraña,  
bienvenida desde la orilla extranjera:  
Escapaste sana y salva de muchos peligros...

Y mientras cantábamos, nos balanceábamos al ritmo de la música. *El Cuco*, que siempre venía en primavera a hacer honor a su nombre, era otra de nuestras canciones favoritas, y cuando no había nada especial que nos hiciera pensar en algún pájaro, las canciones que cantábamos eran muy variadas, como por ejemplo:

La ballena, mi animal bestial,  
zambulléndose en el profundo mar.

Pero la mejor de todas era *Señor, déjanos ir con Tu bendición*, aunque me temo que en aquella época la parte más importante eran las tres primeras palabras.

Junto con las lecciones del colegio, mi padre me hizo aprender himnos y versículos de la Biblia. Por aprenderme el himno *Roca de la Eternidad*, me dio un penique, y de esa manera me hice de pronto rico. A los niños escoceses rara vez se les premia con dinero. Un penique en aquellos días de ahorro significaba para nosotros más de lo que un dolar significaba para el más pobre de los niños americanos. Decidir qué hacer con aquel dolar fue un asunto de una seriedad excepcional. Antes de proceder a una inversión tan importante como aquella, corrí calle arriba y abajo

mirando todos los productos tentadores. También mis amigos se emocionaron cuando llegaron hasta ellos las noticias de que el pequeño Johnnie Muir tenía un penique, con la esperanza de poder probar un poco de la naranja, la manzana o la golosina que probablemente iba a traer.

En esa época, a los niños se les bautizaba y se les vacunaba a los pocos días de nacer. Recuerdo muy bien una pelea con el médico cuando vacunaron a mi hermano David. Sucedió, creo, antes de que yo empezara a ir al colegio. No podía imaginarme lo que el doctor, un hombre alto y de aspecto severo, le estaba haciendo a mi hermano, pero como mi madre, que lo tenía en brazos, no ponía objeción alguna, yo miraba en silencio mientras el médico le rascaba el brazo, hasta que vi que sangraba. Entonces, incapaz de confiar ni siquiera en mi madre, logré saltar lo suficiente como para agarrar y morder el brazo del médico, gritando que no iba a dejar que hiciera daño a mi buen hermano, mientras, para mi absoluta sorpresa, mi madre y el médico no hacían sino reírse de mí. Qué imperfecto es a veces el entendimiento entre padres e hijos, y qué parecidos los niños pequeños a bestias salvajes, como pequeños paganos ocupados todo el tiempo en pelearse, morder y trepar.

Mi padre estaba orgulloso de su jardín y parecía que siempre estaba intentando que se pareciera lo más posible al Edén, y en un rincón nos dio a cada uno una pequeña superficie de terreno donde plantábamos lo que queríamos, mientras nos preguntábamos cómo las semillas duras y secas podían convertirse en hojas y flores suaves y encontrar su camino hacia la luz. Y, para ver cómo iban, solíamos desenterrar las más grandes, como guisantes o judías, cada día. Mi tía tenía también un rincón para ella en el jardín, lleno de lirios, y todos mirábamos con un respeto absoluto y admiración a ese lecho precioso de flores, y pensábamos en sí algún día, cuando fuéramos mayores, seríamos lo sufi-

cientemente ricos como para tener algo tan grandioso. Nos imaginábamos que cada lirio valía una suma enorme de dinero y nunca nos atrevíamos a tocar ni una sola de sus hojas o uno solo de sus pétalos. Estábamos realmente maravillados ante ellos. Me encontraba yo entonces muy lejos de los jardines de lirios salvajes de California que estaba destinado a ver un día en toda su gloria.

Cuando yo era un niño y estaba en el colegio de Mungo Siddons, se organizó en Dunbar una exposición floral, y allí vi a un buen número de los expositores con grandes ramos de dalias, las primeras que veía en mi vida. Me parecieron de una talla y una belleza maravillosas, y, al igual que sucedía con los lirios de mi tía, me pregunté si algún día sería tan rico como para tener alguna de ellas.

Aunque nunca me atreví a tocar los lirios sagrados de mi tía, tengo una buena razón para acordarme de haber robado algunas flores más vulgares a un boticario, Peter Lawson, que también hacía las veces de médico para la mayor parte de la gente pobre del pueblo y los alrededores. Tenía un poni al que se le consideraba muy salvaje y peligroso, y cuando le llamaban de fuera del pueblo, montaba en esta maravillosa bestia que, después de pasar tanto tiempo en el establo, era brava y nerviosa, y que, para nuestro disfrute, solía encabritarse, saltar y bailar de un lado a otro de la calle antes de dejarse convencer para empezar a andar hacia adelante. Los chicos observaban llenos de admiración, y se preguntaban cómo el boticario podía ser tan valiente y tan diestro como para mantenerse a lomos de la bestia. Este famoso Peter amaba las flores y tenía un hermoso jardín rodeado por una verja de hierro, a través de cuyos barrotes, cuando pensaba que nadie me veía, le robaba alguna flor para después salir corriendo. Un día, Peter me descubrió en mitad de mi fechoría, salió de inmediato a la calle y me atrapó. Grité que no volvería a robar nada si me dejaba

ir. No dijo nada, tan solo me arrastró hasta el establo donde guardaba el poni salvaje, me puso detrás de sus patas traseras y cerró la puerta. Yo, por supuesto, estaba gritando, pero en cuanto me quedé encerrado, el miedo a que el animal me diera una coz hizo que ahogara en mí todo ruido. Apenas me atrevía a respirar. Mi única esperanza era el silencio inmóvil. ¡Imaginad la angustia que pasé! No volví a robar ni una sola más de sus flores. Fue un juez severo pero también justo con mi naturaleza juvenil.

Algún tiempo antes de esto, ya había estado en manos de Peter cuando tenía unos dos años y medio. La sirvienta nos bañaba a todos los pequeños antes de meternos en la cama. Las friegas jabonosas de los sábados por la noche, en preparación para el *sabbat*, eran especialmente severas, y todos las odiábamos. Mi hermana Sarah, la segunda más mayor que yo, quería el taburete alto en el que yo estaba sentado mientras esperaba mi turno, así que me tiró de él. Me di con la barbilla en el borde de la bañera y, como hablaba sin parar, la lengua estaba entre los dientes cuando estos se cerraron con el golpe, de tal forma que me hice en el lateral un corte profundo que empezó a sangrar abundantemente. Nuestra madre vino corriendo al oír el ruido que yo hacía, me envolvió, me puso en brazos de la sirvienta y le dijo que me llevara corriendo, cruzando el jardín y saliendo por la puerta trasera, a ver a Peter Lawson para que hiciera algo para detener la hemorragia. Todo lo que hizo fue frotar un pedacito de algodón en mi boca después de haberlo empapado en una sustancia astringente y marrón, y me dijo que mantuviera cerrada la boca y que pronto estaría bien. Mi madre me metió en la cama, me calmó mis miedos y me dijo que me quedara tumbado y durmiera «como un niño bueno». Pero cuando empezaba a quedarme dormido, me tragué el algodón con el medicamento, y también, según yo imaginaba, mi propia lengua. El grito que di al imaginarme una pérdida tan grande hizo venir a

mi madre, y cuando me cogió en brazos ansiosamente y me preguntó que era lo que me sucedía, le dije que me había tragado la lengua. Para mi sorpresa, se rió de mí, cuando lo que yo esperaba era que llorara conmigo la terrible pérdida que su pequeño acaba de sufrir. Mis hermanas, las dos mayores que yo, cuando hablaba mucho me decían a veces:

—Es una pena que no te tragases al menos la mitad de esa lengua tuya cuando eras pequeño.

Parece que los niños tienen un gusto natural por el agua, aunque la costumbre escocesa de hacer que toda tarea resultase deprimente hacía que el baño, necesario para la salud, fuera para nosotros algo terrible. Entre las experiencias desagradables de mi infancia, recuerdo bien cómo la sirvienta me llevaba a la orilla del mar cuando yo tenía entre dos y tres años, me desnudaba al borde de una poza profunda entre las rocas, me sumergía entre los cangrejos y las anguilas viscosas que se retorcían como serpientes, y me sacaba gritando y jadeando, para volver a meterme una y otra vez más. Cuando se acercaba el momento de este terrible baño, yo solía esconderme en los rincones más oscuros de la casa, y a veces era necesario buscar durante un buen rato hasta encontrarme. Pero cuando ya tuvimos algunos años más, disfrutábamos bañándonos con otros chicos mientras caminábamos por la orilla, con cuidado, eso sí, de no meternos en alguna poza que tuviera en su fondo algún monstruo invisible devorador de niños. A esta clase de pozas, verdaderos *maelstroms* en miniatura, se las llamaba «aspiracabras», y la mayoría de nosotros las conocíamos bien. De cualquier forma, no nos atrevíamos a meternos en ninguna poza en un lugar desconocido de la costa sin antes haber metido en ella un palo. Si no había nada que saliese a arrancarnos el palo de las manos, entrábamos valiente-

mente y disfrutábamos zambulléndonos y salpicando, mucho antes de haber aprendido a nadar.

Uno de nuestros lugares de recreo favoritos era el viejo y famoso castillo de Dunbar, a donde se retiró el rey Eduardo después de su derrota en Bannockburn. Había sido construido hacía más de mil años, y aunque sabíamos poco de su pasado, habíamos oído muchas historias misteriosas acerca de batallas que habían tenido lugar junto a sus muros, y creíamos firmemente que todos los huesos que encontrábamos en las ruinas pertenecían a antiguos guerreros. Intentábamos ver quién era capaz de subir más alto por sus rocas y sus peñascos inestables, arriesgándonos como ningún montañero sensato lo haría. Hoy diría que es poco menos que un milagro que nunca me cayera y terminara mi carrera de escalador en algún momento de esos días de juventud aventurera.

Entre nuestros juegos preferidos estaban correr, saltar, luchar y trepar. Yo estaba tan orgulloso de mis habilidades como escalador que la primera vez que oí hablar sobre el infierno a una de las sirvientas, a la que le encantaba contarnos sus horrores y advertirnos de que iríamos allí si hacíamos algo malo, le respondí que yo podría salir de él escalando. Me imaginaba que no sería más que un oscuro agujero con paredes como las del castillo, y estaba seguro de que habría grietas y fisuras en la piedra en las que poder meter las manos y los pies. Aun así, el terror de aquel horrible lugar rara vez duraba más allá del momento en que se contaba, por cuanto la fe borra todo miedo.

La mayoría de los niños escoceses creen en los fantasmas, y algunos, bajo ciertas condiciones particulares, siguen haciéndolo durante toda su vida. Los fantasmas de las tumbas se consideran especialmente peligrosos, y algunos de los más crédulos son capaces de hacer grandes desvíos para

evitar pasar cerca de un cementerio al anochecer. Después de que los sirvientes nos instruyeran acerca del carácter, aspecto y costumbres de los distintos fantasmas blancos y negros, trasgos y brujas, especulábamos a menudo sobre si eran capaces de correr deprisa, y nos gustaba creer que seríamos capaces de escaparnos de la mayoría de ellos. Para mejorar nuestra velocidad, a menudo hacíamos largas carreras por el campo. La yegua de Tam O'Shanter había sido capaz de dejar atrás a un grupo de brujas —al menos hasta alcanzar un sitio seguro más allá de la dovela del puente—, y pensábamos que quizás nosotros también pudiéramos hacer lo mismo.

Nuestra casa pertenecía anteriormente a un médico, y una de las sirvientas nos dijo que el fantasma del doctor rondaba por una de las habitaciones sin usar del segundo piso, que se mantenía a oscuras debido al elevado importe del impuesto sobre el número de ventanas. Nuestra habitación era contigua a la habitación fantasma, en la cual había muchos artilugios de laboratorio —tubos de vidrio, retortas de metal y vidrio, probetas, frascos, etc.— y creíamos que el médico todavía empleaba todos esos artilugios extraños para preparar sus remedios. En los largos días de verano, a David y a mí nos acostaban varias horas antes de que se pusiera el sol. Nuestra madre nos metía con cuidado en la cama, que era grande y de estilo antiguo, echaba las cortinas de esta, y nos decía que no nos moviéramos y que durmiéramos «como niños buenos», pero a menudo, en cuanto ella ponía un pie en las escaleras, nos levantábamos para jugar a un juego de atrevimiento que llamábamos «scootchers», ya que no éramos capaces de quedarnos quietos por más que lo intentáramos. Entrar en la habitación se consideraba un gran atrevimiento. Después de adentrarse unos pocos pasos y volver aterrorizado rápidamente, yo solía retar a David a que hiciera lo mismo sin que lo atraparan.